



*Icaro y Dédalo. (Grabado tomado de la "Histoire de l'Aeronautique.")*

## De lo vivo a lo pintado

(Número 3.)

Por el Capitán Auditor JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

¿Cyrano de Bergerac?... ¿No os *suenan* ese nombre? Pues... ¡claro que sí! ¡Como que os he hablado de él, y hasta os lo presenté en el pasado número! ¿Cómo, entonces, aquí de nuevo? Yo os tengo que suplicar—que no en balde fui yo quien os lo presenté—que le disculpéis. ¡Fue tan rápida aquella presentación! ¡Le quedaron al pobre Cyrano tantas, tantísimas cosas por contar! ¿Sólo a Cyrano? Bien mirado, a todos; ¿o es que juzgáis que un viaje a la luna o a Cacklogallinia no da más que para tres minutos de conversación? Y así, no es imposible, no, que cualquier día, a deshora, cuando menos lo penséis, se os cuelen de rondón don Domingo González o cualquier caballero de aquellos para narra-

ros, queráislo o no, sus maravillosas aventuras. Por hoy es Cyrano. Pero no viene con malas maneras, ni mucho menos. Cyrano es un cumplido caballero. ¿Recordáis los versos de Rostand?

**Sobre los viajes de Cyrano de Bergerac,  
o mil y una recetas para llegar a la Luna.**

“Tiro con gracia el sombrero y abandono lentamente la capa, y gallardamente, presto, mi espada requiero...”

No, su espada, aquí, no; sí su memoria y su ingenio, su chispeante ingenio, para maravillaros con sus historias, aún más chispeantes y maravillosas que él mismo. Para maravillaros y para enseñaros. ¿No sois aviadores? Pues él lo fué, y llegó más allá que ninguno de vosotros pudierais soñar. Pero si lo soñáis,

quizá lograréis llegar donde él. ¡Resultó todo tan fácil! Desprendeos, por favor, de ese resto de escéptica sonrisa que aún adivino en vosotros. Venid con nosotros, con el cumplido caballero Cyrano de Bergerac, a su reino; vivid con él su aventura; escuchad...

Fué un día paseando por las cercanías de París. El creía en la luna; se trataba, decía, de un mundo como el nuestro, al que el nuestro servía de luna. Se mofaron de él. Y él, al regresar a su domicilio, encontró sobre la mesa un libro que, ¡maravillaos!, sólo podían habérselo dejado dos habitantes de la luna. Cyrano creía, pero aún no del todo. ¿Sería verdadero todo aquello? ¿Qué mejor que ir en persona a verlo? ¿Volando? ¡Pues volando! Y hétenos a nuestro caballero con-

cibiendo la idea y poniéndola después en ejecución. Nada más sencillo. Unos frascos llenos de rocío atados en torno a su cuerpo. ¿Por qué el sol iba a desdeñar atraerlos, lo mismo que atrae a las nubes? Y el sol, cortés, los atrajo. Pero demasiado; que aquello no era ir a la luna, sino alejarse de ella, y Cyrano tuvo que romper parte de sus botellas, y volvió a caer..., no en Francia, señores, sino en la Nueva Francia (en el tiempo de Cyrano, el actual Canadá era aún francés); se había descubierto que la Tierra giraba.

Pero no era eso lo que Cyrano deseaba, sino alcanzar la luna. Y así... Pero, esperad; oíd cómo os lo cuenta el mismo autor de la ascensión:

## En donde el caballero Cyrano de Bergerac nos cuenta de qué extraña manera voló hasta la Luna.

"Otra vez volví con el mayor empeño a mi deseo de subir a la luna.

"Tan pronto como ésta amanecía yo me iba por los bosques soñando en la realización y el éxito de mi empresa, y por fin la víspera de San Juan, mientras todos estaban en el fuerte reunidos en consejo para determinar si se prestarían socorros a los salvajes del país en sus luchas contra los iroqueses, yo me fuí solo por las espaldas de nuestra casa hasta la cima de una montaña no muy grande, donde veréis lo que me sucedió: Había construído yo una máquina y creía que sería capaz para elevarme todo lo que yo quisiera, porque no faltándole nada de lo que yo pensaba que era necesario, me senté dentro de ella me precipité en el aire desde la cima de una roca; pero por no haber calculado bien las medidas, me caí rudamente al valle. Y aunque había quedado muy maltrecho, me volví a mi cuarto, y sin encogerseme el ánimo, con algo de medula de buey me unté el cuerpo desde la cabeza hasta



Ascensión de Cyrano. (Plancha de la "Historia cómica de los Estados e Imperio del Sol" (1676).

(De la "Histoire de l'Aeronautique.)

los pies, pues todo él lo tenía quebrantado. Y así que tomé una botella de esencia cordial para fortificarme el corazón, volví en busca de mi máquina; pero ya no la hallé, pues ciertos soldados que habían sido enviados al bosque a cortar leña para encender las hogueras de San Juan, como toparan con ella casualmente, la habían llevado al fuerte, en donde tras algunas explicaciones de lo que pudiera ser, y habiendo descubierto el mecanismo del resorte, algunos dijeron que había que atarle muchos cohetes voladores, porque habiéndoles levantado muy alto con su rapidez y agitando el resorte sus grandes alas, nadie dejaría de tomar esta máquina por un dragón de fuego. Yo estuve buscándola mucho tiempo, y la encontré por fin en medio de la plaza de Quebec, cuando ya iban a prenderla fuego. Y tan grande fué mi dolor al ver en considerable peligro la obra de mis manos, que fuí corriendo a coger el brazo del soldado que encendía el fuego. Le arranqué la mecha, y frenéticamente me

metí en mi máquina para romper el artificio de que la habían rodeado. Pero ya llegué tarde, porque apenas hube metido los dos pies, fui elevado hacia las nubes. El horror que me invadió no me consternó tanto ni alteró mis facultades hasta el punto de que no pueda acordarme de todo lo que en aquel momento me sucedió. Porque en el mismo instante en que la llama devoró parte de los cohetes que estaban dispuestos en grupos de seis por medio de una atadura que reunía cada media docena, otros seis se encendieron, y luego otros seis, de tal modo que el salitre, al encenderse, al mismo tiempo que acrecía el peligro lo alejaba. Sin embargo, cuando ya estuvieron consumidos todos los cohetes, el artificio faltó, y cuando ya soñaba yo dejarme la cabeza pegada a cualquier montaña, sentí, sin moverme casi, que mi elevación continuaba, y que libertándose de mí la máquina volvía a caer sobre la tierra. Esta aventura tan extraordinaria me abullonó el corazón con una alegría tan poco común, que, transportado por verme fuera de un peligro seguro, tuve el atrevimiento de filosofar sobre esto, y buscando con la razón y con los ojos cuál pudiera ser la causa, advertí que mi carne estaba hinchada y todavía grasienta con la grasa de la medula que yo me había untado en las contusiones de mi porrazo. Entonces me di cuenta de que como iba descendiendo y como la luna durante este cuadrante había tenido costumbre de sorber la medula de los animales, se bebía la que yo me había untado con tanta más fuerza como era menor la distancia que de mí la separaba, y que no debilitaba en su vigor la interposición de nube alguna.

"Cuando ya hube atravesado, según el cálculo que yo me hice después, mucho más de las tres cuartas

partes del camino que separa la Luna de la Tierra, me vi de pronto dar con los pies en alto, y esto sin que me cayese de ninguna manera, y no me hubiese dado cuenta de ello seguramente si no hubiera notado gravitar sobre mi cabeza la carga pesada de mi cuerpo. Yo me daba muy buena cuenta de que no caía hacia la Tierra, porque aunque me encontrase entre dos lunas y aunque notase perfectamente que a medida que me acercaba a una de ellas me alejaba de la otra, estaba convencido de que la más grande era nuestro planeta, porque como al cabo de uno o dos días de viaje las refracciones alejadas del sol venían a confundir la diversidad de los cuerpos y de los climas, se me aparecía ya solamente como una gran placa de oro. Esto me hizo pensar que iba dirigiéndome hacia la luna, y me confirmé en esta opinión cuando recordé que había empezado a caer a las tres cuartas partes de mi camino, porque—me decía yo para mis adentros—como esta masa es menor que la nuestra, es lógico también que su esfera de actividad sea de menor extensión, y que, por consiguiente, haya sentido más tarde la fuerza de su centro.

"En fin, después de haber gastado mucho tiempo en caer (a lo que yo imagino, porque la violencia del precipicio no me permitió observarlo bien), de lo más remoto de que me acuerdo es que me encontré con un árbol enredado entre tres o cuatro ramas bastante gruesas que yo había roto al caer y con la cara mojada por una manzana que se me había reventado encima.

"Por fortuna, este paraje era como bien pronto lo sabréis..."

## *... Y pase la palabra a nosotros.*

Basta; porque si dejarais a Cyrano contaros algo de sus andanzas en la luna, jamás acabaríamos. Y vosotros no tenéis tiempo que perder. Pero yo, yo sí que oí alguna vez a Cyrano toda su historia, y os diré que aquello era un paraíso, y que estaba habitado, y que nada más descender en su suelo nuestro héroe sintió que la vieja piel se le desprendía y quedaba más joven, y que después las gentes de allí le capturaron, y como a un mono de especie desconocida, le llevaron de feria en feria, haciéndole ejecutar mil pituetas, y que le salvó un tal Demonio de Sócrates, gran amigo suyo, que tras notables vicisitudes le devolvió en un vuelo a la Tierra. Ya comprendo que esto es bien poco para saciar vuestra curiosidad; pero, ¿qué queréis? Si fuera Cyrano quien os lo contara, no dejaría sin duda de deciros cómo allí se alimentaban con olores, y leían con los oídos, y se pagaban los servicios y las cosas con versos, de modo que los más pobres eran a la vez los menos capaces de fabricarse un buen soneto, y que había maravillosas ciudades que cambiaban de emplazamiento, como nosotros podemos trasladar el tintero de un sitio a otro de nuestra mesa, y que la hora se averiguaba con sólo medir la sombra que proyecta la nariz contra los dientes, lo que convertía a la fuerza aquel

dichoso país en tierra de hermosos narigudos, ya que a los chatos, quieras que no, había de alargárseles la nariz apenas nacidos; pero yo, que soy Cyrano, me callo las tales noticias. Y vosotros, es claro, os dirigís al caballero pidiéndole más nuevas..., y el caballero se ha ido, quizá volando, de todos modos a hurtadillas. Pero eso es ya contestaros. Si queréis saber lo que sucede en la luna..., id a la luna. La cosa no es tan difícil. El fué y volvió; otros fueron y volvieron. Porque, sabedlo: otros, además de los que saludamos en el número pasado, triunfaron en la hazaña. Aquí os lo deja dicho Cyrano; o si lo queréis, os deja dicho lo que a él le dijeron. Escuchad:

## *... Y ahora, otra vez a Cyrano.*

"Aburrido de la compañía de los hombres, cuya inocencia se corrompía, sintió deseos de abandonarles. Este personaje no juzgó segura retirada contra la ambición de sus parientes, que ya se disponían al reparto

de vuestro mundo, sino la tierra dichosa de que tanto le había hablado su abuelo y de la cual nadie todavía conocía el camino... Pero le valió su imaginación, porque habiendo observado..., llenó dos grandes vasijas, que luego cerró herméticamente, y se las ató por debajo de las alas. En seguida el humo, que tendía a elevarse y que no podía expansionarse a través del metal, empujó las vasijas hacia lo alto, de modo que con ellas elevaron a tan grande hombre. El cual, cuando ya hubo ascendido hasta la luna y mirado con sus ojos este hermoso jardín, sintió un desbordamiento de alegría casi sobrenatural, que le demostró que éste era el lugar en que su abuelo había vivido antes. Se desató prestamente las vasijas que se había ceñido, como si fuesen alas, alrededor de sus espaldas, y lo hizo tan dichosamente que cuando aún no estaba a una altura de cuatro toesas por encima de la luna se vió libre de sus elevadores. La altura, sin embargo, era bastante grande para dañarle en su caída, y así hubiese sucedido si sus ropas de gran vuelo no viniesen a hincharse con el viento, sosteniéndolo suavemente hasta que descansó los pies sobre el suelo. En cuanto a las dos vasijas, ascendieron hasta un cierto espacio, en el que desde entonces permanecen. Estas vasijas son lo que vosotros llamáis hoy Las Balanzas. Preciso será que os cuente de qué manera llegué yo hasta aquí. Creo que no habréis olvidado mi nombre, porque anteriormente os lo he dicho. Vos debéis saber, pues, que vivía yo en las gratas orillas de uno de los más famosos ríos de nuestro planeta y que mi vida se deslizaba entre los libros tan dichosamente, que aunque ya haya pasado no puedo ponerla ningún reproche. Sin embargo, cuanto más se encendían las luces de mi espíritu, más crecía el deseo de conocer las que no tenía. Nunca los sabios me recordaron al ilustre Mada sin que la memoria de su filosofía perfecta me hiciese suspirar; y cuando ya desesperaba de poderla adquirir un día, después de estar soñando largo rato, tomé un imán que aproximadamente medía dos pies cuadrados y lo metí en un horno; después, cuando ya estuvo bien purgado, precipitado y disuelto,

recogí su masa calcinada y la reduje al grosor que tiene aproximadamente una mediana bala. Luego de estas preparaciones hice construir una máquina de hierro muy ligera, en la cual me instalé..., y cuando ya estuve bien firme y bien apoyado en su asiento, tiré mi bola de imán con violencia y hacia lo alto. Entonces la máquina de hierro, que intencionadamente había hecho yo más maciza en el centro que en las extremidades, se fué elevando con un perfecto equilibrio, porque por este sitio ascendía siempre más de prisa. Así, a medida que yo llegaba hasta el punto donde el imán me había atraído, volvía a lanzar mi bola por encima de mí.

"Nada ha de maravillaros esto—me dijo él—, porque el imán, que una vez lanzado estaba en el aire, atraía hacia sí el hierro derechamente, y por tanto, no podía yo desviarme en mi ascensión. Os diré, además, que aunque retenía la bola en mi mano, no dejaba por ello de ascender, porque mi chirrión iba siempre en seguimiento del imán, que yo sostenía sobre mí; pero el ímpetu del hierro para unirse a mi bola era tan violento, que me hacía doblar todo mi cuerpo y quitarme el deseo de volver a intentar esta experiencia. Era, en verdad, algo espantoso de ver, porque el acero de mi caja volante, que yo había pulimentado con mucha pulcritud, reflejaba en todas las direcciones la luz del sol, con tanta fuerza y tan gran brillantez, que yo mismo me creía por todas partes rodeado de fuego. Finalmente, después de haber lanzado muchas veces mi bola y volar hacia ella tras este lanzamiento, llegué, como a vos os ha pasado, a un término desde el cual caí en este mundo."

\* \* \*

Y ahí os esperan. ¿Os animáis?

¿Cómo? ¿Que dónde están las mil y una recetas para llegar a la luna? ¡Por Dios! Os he dado cuatro. ¿No os resultan bastantes? En cuanto a las otras... Las otras son secreto profesional.

